SERMON

PREDICADO EL 2 DE ENERO DE 1864

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE GRANADA,

EN LOS SOLEMNES CULTOS QUE,
PARA CONMEMORAR EL ANIVERSARIO DE LA RECONQUISTA DE DICHA CIUDAD
POR LOS REYES CATÓLICOS D. FERNANDO Y DOÑA ISABEL,
CELEBRAN ANUALMENTE Y DE ANTIGUO ACUERDO
EL CABILDO ECLESIASTICO METROPOLITANO Y EL MUNICIPIO DE LA MISMA.

Fides, spes, charitas, tria hæc.
Hay estas tres cosas, fe, esperanza, caridad.
S. Pablo, Ep 1.ª á los Corint. XIII, 13.

EXCMOS. SRES.:

Cuando la justicia ha grabado su indeleble sello sobre alguna página de la historia de un pueblo, esa página brilla perpetuamente como un título glorioso, monumento legado á la admiración y á la gratitud de las edades venideras. Todas las inteligencias privilegiadas le presentan respetuosas sus altos homenajes: todos los grandes corazones le ofrecen los testimonios de su entusiasmo: todos los labios modulan suavemente una oración y cantan sin cesar sus dulces alabanzas.

En este día, Señores, venimos á leer una de esas hermosas páginas de nuestra historia nacional; la conquista de Granada, última preciosa joya que arrancan á la media luna los afortunados

Monarcas Fernando V de Aragón é Isabel I de Castilla. Por eso al mágico sonido de una campana que recuerda tantas glorias y llama hoy á este sagrado recinto hasta á los moradores de nuestra pintoresca vega, acompañan las tiernas efusiones del alma. Por eso aquel acontecimiento venturoso está á la vez consagrado por la Iglesia y lleno de bendiciones por la humanidad. Por eso la memoria de tan esclarecidos Reyes, así ha merecido los elogios de los escritores católicos, como ha hecho brotar rasgos de admiración y de respeto de las plumas de los historiadores protestantes. En suma: la religión y el patriotismo, la razón y el sentimiento, todo está enteramente de acuerdo para ensalzar ese suceso extraordinario. Hacía muchos siglos que lo había escrito el Sabio en sus Proverbios: *La justicia levanta á las naciones* (1); *y los reyes que sobre tronos de justicia se sientan, disipan en derredor todo mal con su mirada* (2).

¡Alégrate, pues, Ciudad ilustre de risueño cielo y de imperecederos recuerdos; sitio privilegiado cuya poesía arrebata y cuyas leyendas seducen y cuya historia asombra! Las cadenas de tu larga y ominosa esclavitud se han roto: de tus altos alminares se ha desprendido la enseña del Islam y en ellos ondea la Cruz cristiana: tus mezquitas se tornarán en sagradas y majestuosas Basílicas: en

(1) Cap. XIV, vers. 34.
(2) Cap. XX, vers. 8.

el lugar donde crecía la palmera de Edóm se ha de plantar un cedro de tradición bendita; y las aguas de tus ríos, que arrastran arenas de oro y plata, no se verán ya tintas con la sangre generosa de los mártires.

La lucha, Señores, ha sido encarnizada y ha durado cerca de ocho centurias. La Arabia y el Magreb fueron arrojando ejércitos tras ejércitos sobre nuestro infortunado país, numerosos como las arenas de sus desiertos y como las hojas de los árboles de sus bosques, y entre los invasores abundaron alternativamente los héroes, los sabios y las almas feroces. ¿Cómo ha podido España reconquistar su independencia, venciendo con triunfo tan completo á aquellas aguerridas y formidables huestes? El sentimiento religioso ha realizado el gran milagro. Un rayo de fe que iluminó las montañas de Asturias, lanzado á cuarenta generaciones de Reyes, concluye en nuestro territorio con la dominación agarena, é Isabel y Fernando terminan en Granada el edificio principiado por Pelayo en Covadonga. Es que á la Fe, esa palabra poderosa, la Religión y la Patria añadían constantemente otras dos bellas palabras; esperanza y amor. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

Una oración pronunciada desde esta Cátedra ante un Pueblo que celebra el Aniversario del día de su libertad, no debía ser otra cosa que un cántico Eucarístico: el trino del ave que saluda á los árboles por su vestido de primavera; la acción de

gracias del Profeta de Israél por la regeneración de la ciudad prostituida; la alegría purísima del Angel cuando se salva el alma que custodia. Pero las imaginaciones vehementes cruzando por el período más brillante de nuestra nacionalidad; un Pueblo esencialmente religioso que escuchaba entusiasmado las virtudes y las hazañas de sus mayores, hacían casi necesario que á la solemnidad de hoy se enlazaran el panegírico y los pormenores de la historia.

Aceptando yo, Señores, la costumbre establecida, trataré de ampliaros el pensamiento condensado en la siguiente proposición:

La conquista de Granada que realizaron nuestros Católicos Reyes, es digna de las bendiciones del mundo, porque en ella están impresas con indelebles caracteres estas tres santas palabras: fe, esperanza, caridad, Fides, spes, charitas, tria hæc.

Quizá en ninguna ocasión me sentí tan hondamente conmovido como me encuentro en este instante. Hacía ya muchos años que no ocupaba este sitio, y este sitio debía ser muy amado para mi alma. Bajo estas bóvedas sagradas se preparó mi vocación: en esos honrosos asientos se formó un porvenir que me sonrió tantas veces, y la vez primera que subía á esta misma Cátedra para anunciar el Evangelio, recibía un dulce beneficio, de esos que no olvida jamás un corazón honrado.

Acogido yo siempre por vosotros con la más bondadosa indulgencia, confío en que me perdonaréis haberme ocupado este momento de mí mismo: era un pequeño desahogo que el espíritu necesitaba y que infunde en él un consuelo inefable. Invocad ahora en favor mío las inspiraciones de la gracia divina, por medio de esa Virgen que oye todas las oraciones sinceras, la celestial María, á la cual saludaremos con el Angel: AVE GRATIA PLENA, ETC.

EXCMOS. SRES.:

El hombre del río y el hombre del bosque, el Ibero y el Celta se habían aliado para hacer de la España una nación valiente y generosa. El Fenicio fué el primer huésped que abusó de su generosidad y el primero también que experimentó su valor. Vino luego el Cartaginés pérfido, con aquella dominación que pasó como el agua de las tormentas, y Sagunto escribió una protesta inmortal contra su alevosía. Llegó el hijo de Roma que, durante dos siglos, siguió en nuestro país el camino del avaro y lo aprisionó después, ora con doradas cadenas, como Augusto, Vespasiano y Antonino, ora con yugo insoportable, como Calígula, Decio y Maximiano; y España, explotada por los procónsules y los pretores, le presentó batallas y le enseñó á Numancia: España floreciente le dió gloria por gloria: España cristiana y perseguida humilló á los tiranos con sus innumerables mártires. El Norte, que había de regenerar al Occidente, trajo más adelante entre sus tribus al Godo. Ataulfo y

los Reyes que le suceden van dando á España libertad, recibiendo de ella, en cambio, la civilización y las verdaderas creencias, y el Reino crece hasta Recaredo y Suintila, sostiénese con Recesvinto y Wamba, y va á hundirse con Witiza y Rodrigo. Los hijos del Profeta han hollado con su planta las playas españolas: la monarquía goda sucumbe en Guadalete, y las huestes de Tarik y de Muza se desbordan, como la recia avenida de un torrente, por todos los ámbitos de la Península.

Yo, Señores, no vengo á hacer un discurso académico, y no me detendré, por tanto, á examinar la cultura y la civilización árabes que han merecido tan grandes elogios á algunos historiadores. A mí me admiran las nobles figuras de Abderrahman I y Alhakem I por humanos, y me aterran las de Abderrahman II y Mohammed I por crueles. El Ommiada protegiendo y cultivando las ciencias, y llevando la literatura al más alto grado de esplendor con Abderrahman III y Alhakem II, no es el Almoravide quemando la biblioteca de Merwan, ni el Almohade feroz y sanguinario como las panteras de sus selvas. Yo sólo vengo á ver la parte que cabe á la Religión en las glorias de la reconquista, y á gozarme con ellas. Yo, como ciudadano, amo mucho la independencia de mi Patria. Yo, como Sacerdote, quiero ver ondear sobre los alminares agarenos el estandarte de la Cruz!

Y ondeará, católicos. De ese árbol godo que

han tronchado los vientos del Oriente, un héroe ha separado una rama que planta en tierra agradecida, y, rociándola con un agua misteriosa, la hace llegar á ser otro árbol gigantesco que ha de abrazar un día con su ramaje dos mundos. El héroe se llamaba Pelayo; la rama trasplantada es el reino de Asturias; el agua que fecundiza prodigiosamente ese reino es la fe del Cristianismo.

Todas las grandes conquistas llevan en sí un carácter especial que las distingue. A Alejandro le guía un amor desordenado de gloria; á los Romanos un frenesí de universal dominación; á los Bárbaros del Norte la necesidad de mejores países; á los Arabes el fanatismo; á Colón el genio; al déspota moderno esa ambición y ese orgullo desmedidos que no le consienten respetar á un Pontífice venerable. La reconquista de España es obra en que domina el sentimiento religioso. El Cántabro y el Astur pudieron someterse, después de tres siglos de increíbles esfuerzos de heroísmo, ante un enemigo que les conservaba sus creencias; pero ante unos invasores que venían á imponerles una religión nueva, no retrocederán jamás.

Esa resistencia admirable no puede ser la fuerza que se mide con la fuerza. Allí no hay más que un puñado de valientes que combate á un ejército numeroso y aguerrido, peleando uno contra cuatro, contra ocho, contra diez; pero esos hombres están alumbrados por la luz de la revelación: saben que los más florecientes imperios y los más

poderosos tiranos pueden caer heridos por la mano de la Providencia, y exclaman, como un Rey de Judá, al principiar la lucha: *Señor, no hay para Tí diferencia en salvar ó con pocos ó con muchos. Ayúdanos, porque teniendo en Tí y en tu nombre la confianza, hemos venido contra esta multitud* (1).

Y el sol de la fe alumbra la primera victoria en Covadonga, y cada risco de aquellas quebradas montañas es un astro que guía á los españoles en el camino de su generosa cruzada. En prueba de que esa fe profunda es la que teje tantas coronas de triunfo para nuestra Patria, ved á los guerreros llevar á los templos sus banderas para que la Iglesia las bendiga con el agua sagrada, purísimo rocío del cielo, y con sus tiernas oraciones. Ved las figuras colosales de Alfonso el Católico y Alfonso el Casto atribuyendo sus victorias al Dios de los ejércitos: á Alfonso el Magno engastar en oro la cruz de roble de Pelayo para presentarla como ofrenda ante un altar: á Alfonso VI, Ordoño I, Fernando el Santo y Alfonso XI, llevar los testimonios de su devoción y su reconocimiento á las iglesias cristianas. Ved, por último, á aquellos valerosos soldados que divisan frecuentemente en el espacio la luz que los dirige, ó la Cruz que los alienta, ó al Apóstol que desciende para combatir á su lado. Señores, yo no discutiré en este momento con la incredulidad ó la crítica si se verificaron

(1) Paralipom., XIV, 11.